

esto, unas veces de la misma primera consideracion que al principio nos movió á ese afecto y deseo, tornando á despertar con ella la voluntad cuando vemos que se va resfriando, diciendo con el Profeta: «Despierta, ánima mia, y vuélvete á tu descanso; mira cuánto te va en esto, y cuánto es razon que hagas por el Señor á quien tanto debes (1).» Y cuando ya la primera consideracion no bastare ni nos moviere, habémonos de ayudar de otra nueva consideracion ó pasar á otro punto, porque para eso habemos de llevar siempre prevenidos diversos puntos, para que cuando se nos acabare el uno, que ya parece que aquello no nos mueve, pasemos á otro que de refresco nos mueva y nos aficione á aquello que deseamos. Y mas: asi como acá para evitar el fastidio que suele causar el continuar á menudo un mismo manjar solemos guisarlo de diversas maneras, y con aquello parece nuevo y nos da nuevo gusto, asi tambien para poder perseverar mucho tiempo en una misma cosa en la oracion, que es el manjar y mantenimiento de nuestra ánima, es buen medio guisarla de diversas maneras, y esto podemos hacer unas veces pasando á otra consideracion, como ahora decíamos, porque cada vez que con diversa razon ó consideracion se mueve y actúa uno en una cosa, es como guisarla de otra manera, y asi con eso se hace como nueva; y tambien aunque no haya nueva razon ni nueva consideracion, el afecto de una misma virtud se puede guisar de muchas maneras; como si trata uno de la humildad, unas veces se puede estar deteniendo en el conocimiento propio de sus miserias y flaquezas, confundiendo y despreciándose por ellas; otras, se puede detener en deseos de ser despreciado y tenido en poco de otros, no hacien-

(1) Convertere anima mea in requiem tuam, quia Dominus benefecit tibi. Ps. CXIV, 7.

do caso de la opinion y estima de los hombres, sino teniéndolo todo por vanidad; otras se puede estar confundiendo y avergonzando de ver las faltas en que cada dia se coge, y en pedir á Dios perdon y remedio de ellas; otras admirándose de la bondad de Dios que le sufre, no pudiendo nosotros algunas veces sufrirnos á nosotros mismos; otras dándole gracias, porque no le ha dejado caer en otras cosas mayores. Y con esta variedad y diferencia se evita el fastidio que suele causar la continuacion de una misma cosa, y se hace fácil y gustoso el durar y perseverar en los afectos de una misma virtud; con lo cual se va ella arraigando y entañando mas en el corazon, porque, al fin, asi como la lima cada vez que pasa por el hierro lleva algo, asi cada vez que hacemos un acto de humildad ú otra virtud se va desbastando y quitando algo de vicio contrario.

Fuera de esto, hay otro modo para perseverar en la oracion en una misma cosa muchos dias muy facil y muy provechoso, que es ir descendiendo á casos particulares. Notan aqui los maestros de la vida espiritual, que no nos habemos de contentar con sacar de la oracion un deseo ó propósito general de servir á Dios, ó aprovechar y ser perfectos asi en comun, sino que habemos de descender en particular á aquello en que sabemos que podremos servir y agradar mas á Dios. Ni tampoco nos habemos de contentar con sacar deseo de alguna virtud particular, como de ser humildes, de ser obedientes, de ser pacientes ó mortificados, porque ese deseo ó veleidat de la virtud asi en general, aun los viciosos le tienen, porque como la virtud es cosa hermosa y honrosa, y de mucho provecho para esta vida y para la otra, es cosa fácil amarla y desearla asi en general, sino en esa misma virtud que deseamos habemos de descender á casos particulares; como si

tratamos de alcanzar una conformidad grande con la voluntad de Dios, habemos de descender á conformarnos con su voluntad en cosas particulares, asi en la enfermedad como en la salud, asi en la muerte como en la vida, asi en la tentacion como en la consolacion. Y si tratamos de alcanzar la virtud de la humildad, habemos de descender en particular imaginando casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de nuestro desprecio y desestima. Y asi en las demas virtudes, porque esos son los que mas se sienten y en lo que está la dificultad de la virtud, y en lo que ella mas se prueba y echa de ver, y esos son los medios con que se alcanza la misma virtud. Y habemos de poner primero ejemplo en cosas menores y mas fáciles, y despues en otras mas dificultosas que nos parece las sentiriamos mas si se ofreciesen, y asi ir añadiendo y subiendo poco á poco, actuándonos en ellas como si las tuviésemos presentes, hasta que no se nos ponga nada delante en aquella virtud que deseamos, sino que á todo hagamos rostro y quede todo el campo por nuestro. Y cuando hay algunas ocasiones verdaderas de presente, en esas nos habemos de ejercitar primero disponiéndonos para llevarlas bien y con provecho cada uno conforme á su estado. Añadia un siervo de Dios que siempre en la oracion habiamos de proponer algo que hacer aquel mismo dia: tan en particular como esto, quieren que descendamos en la oracion.

Esta es una cosa de las mas provechosas en que nos podemos ejercitar en la oracion; porque, como habemos dicho (1), nuestra oracion ha de ser práctica, que quiere decir, enderezada á la obra, que nos ayude á obrar la virtud que deseamos, y á allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos pueden poner delante. Y para

(1) Cap. XIV.

esto importa mucho ejercitarse y ensayarse primero en eso; á la manera que hacen los soldados, que antes de la guerra se suelen ejercitar en justas, torneos, escaramuzas y otros ejercicios semejantes por estar preparados y diestros para la verdadera guerra. Y asi Casiano (1) encomienda mucho este ejercicio para vencer los vicios y pasiones y alcanzar las virtudes. Y aun dijo Plutarco, y tambien Séneca (2): Los ignorantes no entienden cuánto hace al caso para aliviar los trabajos ejercitar en ellos el pensamiento. Aprovecha mucho, dicen, ocupar siempre el pensamiento en consideraciones de trabajos, porque asi como aquel que ocupa siempre el pensamiento en cosas fáciles y deleitables, se hace flojo y para poco, y en ofreciéndose alguna cosa desapacible y enojosa, recibe mucha pena, y acostumbrado á una vil delicadeza, vuelve las espaldas y se acoje á pensar en cosas dulces y agradables, asi aquel que se acostumbra á imaginar siempre en enfermedades, destierros, cárceles y todas las otras adversidades que pueden acaecer, estará mas dispuesto y apercebido para cuando vinieren, y hallará que estas cosas espantan mas al principio que pueden dañar al fin. San Gregorio dijo esto muy bien: «Menos hieren los dardos que se ven venir (3).» No lastima tanto el golpe cuando lo estábades esperando y le teniades ya medio tragado como cuando os coje de repente; claro está que espantan mas los enemigos cuando vienen de sobresalto, que cuando los estaban aguardando.

Es maravilloso ejemplo á este propósito el que leemos de nuestro P. S. Ignacio (4). Estando una vez enfermo, dijole el médico que no diese lugar á tristeza, ni á pensa-

(1) Cassianus, col. 49, c. 16.
 (2) Plutarco. *Epist. ad Pac. de tranquillitate animi*; Seneca, *lib. de consolatione ad Helviam. c. 3.*
 (3) Minus enim jacula feriunt, quae praevidentur. *Greg. hom. 35 super Evangelia.*
 (4) Lib. 5, cap. 1, *Vitae S. N. P. Ignatii.*

mientos penosos; y con esta ocasión comenzó él á pensar atentamente dentro de sí qué cosa le podría suceder tan desabrida y dura que le afligiese y turbase la paz y sosiego de su ánima, y habiendo vuelto los ojos de su consideracion por muchas cosas, una sola se le ofreció, la cual él tenia mas en el corazón, y era si por algun caso nuestra Compañía se deshiciese; pasó mas adelante, examinando cuánto le duraria esta afliccion y pena en caso que sucediese, y parecióle que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese y estuviese en oracion, se libraria de aquel desasosiego, y se tornaria á su paz y alegría acostumbrada; y aun añadía mas, que tendria esta quietud y tranquilidad aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. Esta es muy buena y muy provechosa oracion.

Dice el Apostol Santiago en su Canónica: "Cuando sintiéredes alguna tristeza ó desconsuelo, acudid á la oracion (1)," que ahí hallareis el consuelo y el remedio. Y asi lo hacia el Profeta David. Cuando se sentia desconsolado, acordábase de Dios y levantaba su corazón á él, y luego su ánima se llenaba de gozo y de consuelo (2); esta es la voluntad de Dios, él lo quiere asi; él contento, todos contentos. Pues asi como despues de venida la ocasion y el trabajo es muy buen remedio acudir á la oracion para llevarlo bien y con provecho, asi tambien importa mucho tomar este remedio de antemano para que no se nos haga despues de nuevo, sino fácil y verdadero. San Crisóstomo dice (3) que una de las causas principales por que el Santo Job estuvo tan fuerte y tan constante en sus adversidades y trabajos, fué porque se ha-

(1) Tristatur aliquis vestrum, oret. *Jacob.* V, 13.
 (2) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum. *Ps.* LXXVI, 4.
 (3) Chrysost., *homil. de avaritia.*

bia prevenido para ellos de la manera que habemos dicho, premeditándolos é imaginándolos, y actuándose en ellos como en cosa que le podia suceder, conforme á aquello que él mismo dice: "Porque me sucedió lo que temia, y lo que recelaba me acaeció (1)." Pero si vos no estais prevenido en eso, y si aun en el deseo sentís dificultad, ¿qué será en la obra? si aun estando en la oracion y lejos de la ocasion, no sentís en vos ánimo y fortaleza para abrazar aquel oficio, ó aquel ejercicio, ó aquel trabajo y desprecio, ¿qué será cuando esteis fuera de la oracion y con la dificultad de la ocasion y de la obra, y sin la consideracion y meditacion del ejemplo de Cristo que os alienta y anima? Aun allá lo habreis deseado mucho en la oracion, y despues cuando se ofrece la ocasion faltais; ¿qué será si no estais prevenido y si en la oracion no lo deseais? «Si el que propone, falta muchas veces, ¿qué será el que tarde ó nunca propone (2).»

Con esto damos muy copiosa materia para poder durar y perseverar en la oracion en una misma cosa y en un mismo afecto muchas horas y muchos dias, porque los casos particulares que se nos pueden ofrecer y á que podemos descender son sin cuenta, y para llegar á hacer rostro á todo, hay bien que hacer. Y cuando llegáredes á eso que os parece que sentís en vos ánimo y esfuerzo para todo, y que lo llevaréis de buena gana, no penseis que está ya acabado el negocio, aun os falta mucho que andar, porque hay mucho del dicho al hecho, y del deseo á la obra. Claro está que la obra es mas dificultosa que el deseo, porque en la obra el objeto está presente, y en el deseo, en sola la imaginacion. Y asi nos acontece muchas veces

(1) Quia timor, quem timebam, evenit mihi, et quod verebar accidit. *Jacob.* III, 25.
 (2) Tomas de Kempis.

que en la oracion estamos muy fervorosos, que no parece que se nos pone nada delante, y despues al tiempo de la obra, cuando se ofrece la ocasion, nos hallamos muy lejos de lo que pensábamos. Y asi, no basta que sintais en vos esos deseos sino habeis de procurar que los deseos lleguen á ser tales y tan eficaces que se estienda á la obra, porque esa es la prueba de la virtud; y si veis que no concuerdan las obras con los deseos, sino que cuando se ofrece la ocasion os hallais otro del que os parecia que érades en la oracion, confundidos, que todo se os vá en deseos, ó por mejor decir, confundidos, que no deben de ser deseos verdaderos, sino antojos é imaginaciones, pues una cosa muy liviana os turba é inquieta despues y os hace volver atrás. Y como el oficial, cuando no le salió bien la obra, la torna otra vez á la fragua para hacerla de nuevo ó ajustarla y que venga bien, asi vos, tornad á la fragua de la oracion para fraguar mejor esos deseos, y no pareis hasta que diga y concuerde bien la obra con el deseo y no haya en qué tropezar.

Y aun cuando llegares á eso, que os parece que llevais bien las ocasiones que se os ofrecen, no penseis que está ya todo acabado, porque en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir para llegar á la perfeccion de la virtud; porque lo primero es menester que os ejerciteis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se os ofrecieren, que es el primer grado de la virtud. «Súfrela con paciencia si no puedes con alegría.» Y en esto habrá en qué entender algunos dias y aun hartos. Y cuando llegáredes á sufrir con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, aún os queda mucho que andar para llegar á la perfeccion de la virtud; porque, como dicen los filósofos, la señal de haber uno alcanzado la perfeccion de la virtud es cuando obra

las obras de ella «con prontitud, con facilidad y con deleite (1).» Pues mirad si obráis las obras de la virtud, de la humildad, de la pobreza de espíritu, de la paciencia y de las demas, con prontitud y facilidad y con deleite y gusto; y en eso veis si habeis alcanzado la virtud. Mirad si os holgais tanto con el desprecio y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion, que es la regla que nos pone nuestro Padre (2) sacada del Evangelio. Mirad si gustais, y os holgais tanto con la pobreza en la comida, y en el vestido, y en el aposento, y de que lo peor de casa sea para vos, como el avariento con las riquezas y abundancia: mirad si os holgais tanto con la mortificacion y con el padecer, como los del mundo con el descanso y regalo. Pues si habemos de llegar á esta perfeccion en cada virtud, bien tendremos en qué entender, aun en una sola, por muchos dias, y aun por ventura años.

CAPITULO XVII.

Que en la consideracion de los misterios habemos de ir tambien despacio y no pasar por ellos superficialmente, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.

En la consideracion de los misterios divinos importa tambien mucho cabar y abondar en una misma cosa y no pasar por ellos de corrida: porque mas nos aprovechará un misterio bien considerado y ponderado que muchos superficialmente mirados. Por eso nuestro Padre, en el Libro de los Ejercicios Espirituales, hace tanto caso de las repeticiones que tras cada ejercicio luego manda que se haga una y otra repeticion; porque lo que no se halla la primera vez, perseverando mas, se halla (3). Moisés dió

(1) Prompte, faciliter, et delectabiliter.
 (2) Cap. 4. *exam.* §. 44; et *Reg.* 11. *summar.*
 (3) Quia qui quaerit, invenit, et pulsanti aperietur. *Matth.* VII, 8.

con la vara en la piedra, y no sacó agua; y dió otra vez, y sacó agua (1). Y al otro ciego del Evangelio no lo curó Cristo nuestro Redentor de una vez, sino fuéle curando poco á poco: primero le echó saliva en sus ojos y preguntóle si veía algo. Dice que unos bultos; pero que no divisaba bien lo que era: "los hombres le parecían árboles (2)." Tornó el Señor á poner las manos sobre sus ojos, y sanóle del todo, que veía ya clara y distintamente. Asi suele ser en la oracion, que tornando una y otra vez sobre la misma cosa, y perseverando en ella, va uno descubriendo mas; como cuando uno entra en un aposento oscuro, que al principio no ve nada, y si se detiene va viendo algo. Y particularmente, habemos de procurar detenernos siempre en la consideracion de las cosas, hasta quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene, porque ese es uno de los frutos principales que habemos de sacar de la oracion, y en que es menester que vamos bien fundados, como deciamos arriba (3).

Viniendo á los medios que nos ayudarán para considerar y ponderar de esta manera los misterios; cuando el Señor envia su luz divina y abre los ojos del alma, halla tanto que considerar y en que se detener, que puede decir con el Profeta: "Abre, Señor, mis ojos, y consideraré las maravillas de tu Ley: me alegraré, pues, con tus palabras, como el que halló muchos despojos (4)." Este segundo lugar declara el primero. Alegraréme con la abundancia de los misterios y maravillas que hallé en vuestra Ley como se alegra el que despues de al-

(1) Numeror. XX, 2.

(2) Video homines velut arbores ambulantes. Marc. VIII, 24.

(3) Cap. IX.

(4) Revela oculos meos, et considerabo mirabilia de lego tua. — Laetabor ego supere loquia tua, sicut qui invenit spolia multa. Ps. CXVIII, 48 et 162.

canzada la victoria halla muchos despojos. Al bienaventurado San Francisco y San Agustin, los dias y las noches enteras se les pasaban en aquellas dos breves palabras: «Quién sois vos y quién soy yo;» «conózcame á mí y conózcate á ti (1);» «Dios mio y todas las cosas (2);» que es un modo de oracion muy conforme á aquel que dice el Profeta Isaias, que tienen aquellos ciudadanos del cielo, que suspensos con la contemplacion de aquella Divina Magestad, están perpétuamente cantando, diciendo y repitiendo: «Santo, Santo, Santo (3).» Lo mismo dice San Juan en el Apocalipsi, tratando de aquellos misteriosos animales que estaban delante del trono de Dios: «No descansaban de dia ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo, Señor Dios Omnipotente, que era, que es y que ha de venir (4).»

Pero para llegar á esto, es menester que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte, acostumbrándonos á detener en los misterios, ponderando y ahondando las cosas particulares de ellos y que nos ejercitemos mucho en eso. Gerson dice (5) que uno de los principales medios que podemos poner y que nos ayudará mucho para saber tener bien esta oracion, será el ejercicio muy continuo de ella. No es negocio este que se enseña con retórica de palabras, ni que se ha de aprender con oír muchas pláticas, ni leer muchos tratados de oracion, sino con echar mano á la obra y ejercitarnos mucho en ella. Cuando una madre quiere enseñar á andar á su hijo, no se está una hora en darle documentos del modo que ha de tener en andar, diciéndole que mude los pies,

(1) Et noverim te, et noverim me. August.

(2) Et Deus meus, et omnia. Francisc.

(3) Sanctus, Sanctus, Sanctus. Isai. VI, 3.

(4) Et requiem non habebant die, ac nocte dicentia, Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus Omnipotens, qui erat, et qui est, et qui venturus est. Apoc. IV, 8.

(5) Gers., 3. p. Al phab. 76, lit. D, et Alphab. 77, lit. Z.

ahora de esta manera, ahora de la otra, sino poniéndole en el ejercicio, le hace andar, y de esa manera aprende y sabe el niño andar: pues ese ha de ser el medio con que habemos de aprender esta ciencia. Y aunque es verdad que, para alcanzar el don de oracion ú otro alguno sobrenatural, no es bastante ningun ejercicio nuestro, sino que nos ha de venir de la graciosa y liberal mano del Señor, "porque el Señor dá la sabiduría y de su boca es la prudencia y ciencia (1);" pero quiere su Magestad que nosotros nos ejercitemos en eso, como si por solo ese medio lo hubiéramos de alcanzar; "porque dispone él todas las cosas suavemente (2);" y asi dispone las obras de gracia conforme á las de naturaleza: y como las demas ciencias y artes se alcanzan con el ejercicio, quiere él enseñarnos esta ciencia tambien de esa manera; tañendo, se aprende á tañer; y andando, se aprende á andar; y orando, se aprende á orar. Y asi dice Gerson que la causa por que el dia de hoy hay tan pocos contemplativos, es por falta de este ejercicio. Antigüamente vemos que en aquellos monasterios de monges habia tantos varones de grande oracion y contemplacion, y ahora apenas hallareis un hombre de oracion, sino que cuando se trata de la contemplacion, les parece aquello como una algaravia ó metafísica que no se entiende. La causa de esto, dice, es porque antigüamente aquellos santos monges ejercitábanse mucho en oracion, y á los mancebos que entraban en los monasterios, luego los imponian é instruían en este ejercicio y hacian que se ejercitasen mucho en él, como leemos en la regla de San Pacomio y de otros Padres de monges. Y asi dá Gerson este consejo por muy importante para

los monasterios, que tengan varones espirituales, doctos y ejercitados en la oracion que instruyan á los mancebos que entran, luego desde el principio, cómo se han de ejercitar en la oracion. Y nuestro Padre tomó tan de veras este consejo, y lo dejó tan encargado en las constituciones (1), que no solo á los principios en las casas de probacion quiere que haya quien instruya en esto á los que entran de nuevo, sino en todos los colegios y casas de la Compañía quiere que haya un prefecto de las cosas espirituales que atienda á esto y vea cómo procede uno en la oracion, por la importancia grande que entendió habia en ello.

Otra cosa nos ayudará tambien mucho para continuar este ejercicio de oracion y perseverar mucho en él, y es el tener grande amor á Dios y á las cosas espirituales. Y asi decía el Real Profeta: "Como amo, Señor, tanto vuestra Ley, no me harto de pensar en ella de dia y de noche (2); ese es todo mi gusto y entretenimiento (3)." Pues si nosotros amásemos mucho á Dios, de buena gana nos estaríamos pensando en él dias y noches y no nos faltaria qué pensar. ¡Oh! ¡qué de buena gana se está pensando la madre en el hijo que tiernamente ama, y qué poca necesidad tiene de discursos y consideraciones para regalarse en su memoria! En hablándose de él, luego se le enternecen las entrañas y se le saltan las lágrimas de los ojos sin mas discursos ni consideraciones. Comenzad á tratar á una viuda de su marido difunto que mucho amaba; y vereis cómo luego comienza á suspirar y á llorar. Pues si esto puede el amor natural, ¿qué digo, el amor natural? si el amor furioso de un perdido vemos que le suele traer

(1) Quia Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus prudentia, et scientia. Prov. II, 6.

(2) Attingit a fine usque ad finem fortiter, et disponit omnia suaviter. Sap. VIII, 1.

(1) 3. p. const. c. 1 §. 12; et 4. p. c. 40, §. 7.

(2) Quomodo dilexi legem tuam Domine? tota die meditatio mea est. Ps. CXVIII, 97.

(3) Et meditabar in mandatis tuis, quae dilexi. Ps. CXVIII, 47.

muchas veces tan absorto y embebecido en aquello que ama, que no parece que puede pensar en otra cosa, ¿cuánto mas podrá esto el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? porque mas poderosa es la gracia que la naturaleza y la culpa. Si Dios fuese todo nuestro tesoro, luego se nos iria ahí el corazon, “porque donde está tu tesoro, allí está tu corazon (1).” Cada uno piensa de buena gana en aquello que ama y en aquello de que gusta; y por eso dice la Escritura Divina: “Gustó y vió. Gustad y ved cuán suave es el Señor (2).” El gusto precede al ver, y el ver causa mas gusto y mas amor. Y así dice Santo Tomás (3), tratando de esto, que la contemplacion es hija del amor, porque su principio es amor; y dice tambien que su fin es amor, porque de amar á Dios se mueve uno á pensar y contemplar en él, y cuanto mas le mira y le contempla, mas le ama; porque las cosas buenas miradas, nos convidan á amarlas; y mientras mas las miramos, mas las amamos y mas nos holgamos de estar-noslas mirando y amando.

CAPITULO VIII.

Muéstrase prácticamente cómo está en nuestra mano tener siempre buena oracion y sacar fruto de ella.

La oracion especialísima y extraordinaria, de que dijimos arriba (4), es un don particularísimo de Dios, el cual no dá á todos sino á quien él es servido; empero la oracion mental ordinaria y llana de que ahora vamos tratando no la niega el Señor á nadie. Y es error de algunos que, porque no alcanzan aquella rica oracion y contemplacion, les parece que no pueden tener ora-

(1) Ubi enim est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum. *Matth.* VI, 21.
 (2) Gustavit, et vidit. — Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus. *Prov.* XXXI, 18. *Ps.* XXXIII, 9.
 (3) S. Thom., 2-2, q. 180, art. 7, ad 1.
 (4) Cap. IV y siguientes.

cion ó que no son para ella, siendo esta muy buena y muy provechosa oracion, y que con ella podemos ser perfectos, y que si Dios nos quiere dar aquella alta, esta es muy buena y muy propia disposicion. Pues de esta oracion iremos ahora declarando, cómo con la gracia del Señor está en nuestra mano tenerla siempre bien y sacar fruto de ella, que es cosa de gran consuelo. Por dos vias podemos colegir esto muy bien de lo dicho. La primera, porque el modo de oracion que nuestro Padre nos enseña, es ejercitar allí las tres potencias de nuestra alma, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion, y luego entrar con el entendimiento, discurrendo, meditando y considerando aquellas cosas que mas nos ayudaren á mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos y deseos de la voluntad. Y esto tercero dijimos (1) que es lo principal y el fruto que habemos de sacar de la oracion. De manera, que no consiste la oracion en las dulzuras y gustos sensibles que sentimos y experimentamos algunas veces, sino en los actos que hacemos con las potencias de nuestra alma. Pues hacer esto siempre está en nuestra mano, por mas secos y desconsolados que estemos, porque aunque esté yo mas seco que un palo, y mas duro que una piedra, está en mi mano, con el favor del Señor, hacer un acto de aborrecimiento y dolor de mis pecados, y un acto de amor de Dios, y un acto de humildad y de desear ser despreciado y tenido en poco por imitar á Cristo, despreciado y tenido en poco por mí.

Es menester advertir aqui que no está el negocio de tener buena oracion, ni el fruto de ella, en que uno haga esos actos con gusto y consolacion sensible, ni en que

(1) Cap. VII.

sienta mucho eso que hace, ni está en eso la bondad y perfeccion de los mismos actos, ni el merecimiento de ellos. Y débese notar esto mucho, porque suele ser engaño muy comun de muchos que se desconsuelan pareciéndoles que no hacen nada en la oracion, porque no sienten tanto dolor de sus culpas y pecados, ó tanta aficion y deseo de la virtud como querrian. Esos sentimientos son del apetito sensitivo; la voluntad es potencia espiritual y no depende de eso, y así no es menester que uno sienta de esa manera sus actos, sino basta que quiera aquello con la voluntad. Y así los teólogos y los Santos, tratando de la contricion y dolor de los pecados, consuelan con esto á los penitentes que, cayendo en la cuenta de la gravedad del pecado mortal, se desconsuelan porque no se pueden deshacer en lágrimas, ni sienten en sí aquel dolor sensible que quisieran ellos que se les rompieran las entrañas de dolor. Y dicen: la contricion verdadera y el dolor de los pecados no está en el apetito sensitivo, sino en la voluntad. Péseos á vos de haber pecado por ser ofensa de Dios, digno de ser amado sobre todas las cosas, que esa es la verdadera contricion. Esotro sentimiento, cuando el Señor os le diere, recibidle con hacimiento de gracias; y cuando no, no tengais pena, que no nos pide Dios eso. Porque claro está que no nos habia de pedir lo que no está en nuestra mano; pues ese sentimiento que vos querriades tener, es un gusto y devocion sensible que no está en nuestra mano, y así no nos le pide Dios, sino lo que está en nuestra mano, que es el dolor de la voluntad que no depende de nada de eso. Y lo mismo es en los actos de amor de Dios: amad vos á Dios con vuestra voluntad sobre todas las cosas, que ese es amor fuerte y apreciativo, y el que nos pide Dios: esotro es amor tierno, que no está en nuestra mano. Lo mismo es en los actos de las demas

virtudes y en todos los buenos propósitos que tenemos.

Veráse bien la verdad de esto por lo contrario; porque cierta cosa es que, si uno con la voluntad quiere y consiente en un pecado mortal, que aunque no tenga otro sentimiento, ni gusto alguno en ello, pecará mortalmente y merecerá por ello el infierno. Luego queriendo lo bueno, aunque no tenga otro gusto ni otro sentimiento, agradará á Dios y merecerá el cielo, especialmente siendo Dios mas presto para premiar que para castigar. Antes muchas veces son estos actos mas meritorios y agradables á Dios, cuando se hacen así á secas, sin gusto ni consolacion sensibles, porque son mas puros, y mas fuertes y durables, y mas pone uno en ellos de su casa entonces que cuando es llevado de la devocion. Y así, es señal de virtud mas sólida y de voluntad mas firme en el servicio de Dios, porque quien sin esas ayudas de costa, de gustos y consuelos espirituales, hace tales actos, ¿qué hiciera con ellas? Dice muy bien el P. maestro Avila: «A esotro llévanle en brazos, como á niño; este váse ya por su pie, como mayor.» Blosio dice (1) que estos son como los que sirven á su costa á algun señor. É importa mucho nos acostumbremos á tener la oracion de esta manera, porque lo mas ordinario de la oracion en muchos suele ser sequedad, esotros son regalos extraordinarios. Así como los que caminan por alta mar en galeras, cuando les falta el viento navegan con la fuerza de los remos, así los que tratan de ejercitarse en oracion, cuando faltare el próspero viento de las ilustraciones y regalos del Señor, han de procurar navegar con los remos de sus potencias, ayudadas con el favor del Espíritu Santo, aunque no sea tan copioso y superabundante.

(1) Blosius in *moniti spirituali*. c. 3.